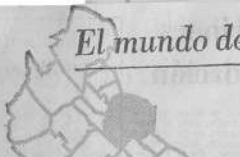


Cómo nació un foco cultural: de un verdulero a un médico

—A las 9 nos reunimos en la casa del médico. Vendrán el carnicero, el verdulero, el de la mudadora... Creo que seremos como diez...

—¿Así que será esta noche, no más?

—A las 9 en punto. Nadie debe faltar...

Este diálogo es imaginario. Pudo ser real. Corría el año 1921 y el almanaque sólo había gastado 8 días de octubre. Los protagonistas, casi todos comerciantes, eran vecinos de un Olivos incipiente, con más baldíos que casas, hasta donde llegaba, "compitiendo" con el tren, un cansino tranvía de la Capital.

La reunión se realizó y a su término quedaba fundada la Biblioteca Popular de Olivos. Suscribieron el acta Vicente Silva (médico), Lorenzo ruzzone (carnicero), Juan Ruecci (empresa de mudanzas), Benito Longinotti (verdulero), Pedro Villalba (farquitecto), Andrés Massoni (ramos generales), al igual que Francisco Delfino, y Maximino Santos (empleado), el único de los fundadores que vive.

Se alquiló un local donde anteriormente había un almacén. La edificación era de madera. Poco a poco, por donativos, aparecieron los primeros volúmenes, que fueron aumentando con el producto de los asados que se realizaban cada 15 días, donde, según algún memorioso, hasta "se tiraba la taba".

Demolida la precaria sede, se compró el terreno en 1964 —que había salido a remate— y en 1971 se comenzó a construir el edificio actual, que consta de tres pisos y un subsuelo. Toda una hazaña debida a los precursores y continuadores.

¿Dónde está la biblioteca?

Al trasponer la puerta de este edificio de la avenida Maipú 2901 no se entra en una biblioteca sino en un complejo artesanal y artístico, denunciado en carteles profusos, en el ir y venir de profesores y alumnos, del personal administrativo.

El enorme salón (280 m2) desnuda un contrapiso que está necesitando baldosas o madera. A la derecha, los ventanales; a la izquierda, sólo disimulada por cortinas precarias, una sala donde las profesoras de costura, crochet y agujas extienden telas y moldes, y las alumnas cosen mientras siguen la lección.

—Pero... ¿y la biblioteca?

—Funciona en el subsuelo... por ahora.

La respuesta es de Martha Panich, vocal de la Biblioteca, profesora, secretaria y "un poco de todo, como el resto del personal".

—Esto no está funcionando a "full" en horas de la mañana. Pero durante el día se dictan cursos por toda la casa. ¿Me acompañan?

Hubo que hacerlo. Un ascensor nos lleva al último piso. Múltiples aulas, separaciones hechas con precariedad e imaginación y un largo corredor que divide ambas alas. Alguien ejecuta al piano, entra también una guitarra. Los profesores Sneyanka Zajarieva (pianista búlgara radicada definitivamente en nuestro país) y Carlos Queirolo preparan un concierto para días próximos en el salón principal de la Biblioteca. Entramos en el Instituto Argentino de Música, que dirige el profesor Alfredo Nicolás Ocero desde hace cuatro años.

Esta ala consta de cuatro salas con taller infantil. Se enseña a unos 150 alumnos piano, viola, guitarra, flauta traversa, violoncelo, clarinete, órgano; se hacen expresiones electroacústicas y se ofrecen, recurrentemente, recitales, conciertos de cámara y discográficos. Aprenden el lenguaje musical, además, niños desde cuatro años merced a un método de enseñanza por colores.

En el sector opuesto, la profesora Noemí Arán, enseña manualidades a unas 20 alumnas de edades diversas.

—La manualidad está al alcance de todo el mundo y la capacitación es muy barata.

Sobre la mesa de trabajo hay varias papas y zanahorias.

—¿Y esto...?

—No se sorprendan... aquí no enseñamos arte culinario...

Y a la ocurrencia sigue la demostración. La profesora corta un trozo de papa convirtiéndola en una figura geométrica. La moja en un líquido violeta (el teñido) y la aplica sobre una tela.

—Con esta figura y la imaginación de la alumna pueden lograrse efectos fantásticos.

La profesora Aráoz, además de teñido, enseña decoración, batik, juguetería, macramé, fantasías y aplicación de flores en tela.

Descendemos un piso y abrimos tímidamente una puerta. Las alumnas de gimnasia sueca se sorprenden y dejan la práctica. La profesora Norma Martínez se acerca y es quien intercede ante las señoras y señoritas de su curso para que se dejen fotografiar.

—El curso es mixto. Bueno... casi mixto, pues hoy el único hombre del grupo ha faltado.

—¿Para qué es aconsejable este tipo de gimnasia?

—La respuesta es compleja. Fundamentalmente fortalece la musculatura.

Asisten a clases unos 45 alumnos y aquí tampoco el límite de edad es impedimento para la práctica.

Al fin la biblioteca

La biblioteca Vicente López y Planes funciona, como queda dicho, en el subsuelo, "por ahora". Su directora, la señora Azucena Ruiz de Miguelez, informa que concurren al recinto, diariamente, unos 150 lectores como promedio. La mayoría son estudiantes secundarios y terciarios, pero es habitual que lo hagan también chicos que cursan la primaria. La biblioteca consta de 40.000 volúmenes y, debido a las exigencias, hay material de consulta para el ingreso a todas las carreras. Los socios pueden retirar libros para consulta en sus domicilios. Funciona de lunes a sábado, de 8.30 a 12.15 y de 16 a 18.45.

La Biblioteca Popular de Olivos Vicente López y Planes sólo recibe un subsidio de la provincia de 80.000 pesos para pagar el sueldo de una bibliotecaria.

—Todo aquí se hace a pulmón... ¡y necesitamos tanta ayuda! Figúrense que para arreglar el piso del salón principal se nos hizo un presupuesto de 25 millones. Carecemos de muebles adecuados, de sillas, escritorios...

—¿Pero cómo pueden desarrollar tanta actividad sin ayuda del Estado?

—Tenemos 600 socios, que aportan por año, cada uno, un millón de pesos viejos aproximadamente. Y los cursos son pagos, aunque las mensualidades tengan más carácter de contribución que otra cosa. El trabajo de auxiliares y profesores es prácticamente ad honórem...

—¿No has recurrido al crédito bancario?

—¡Ni loco! Los intereses comerciales vivos. Siempre se pidieron créditos fueron particulares: un socio, un miembro de la comisión directiva. Dios y la voluntad de tanta gente generosa nos ha hecho llegar hasta donde estamos. Muchas personas, como ustedes, se sorprenden que una biblioteca se haya bifurcado en tantas actividades laterales. Si tenemos locales y unos 300 alumnos en total es porque necesitamos mantener la biblioteca. De otra manera sería imposible lograrlo.

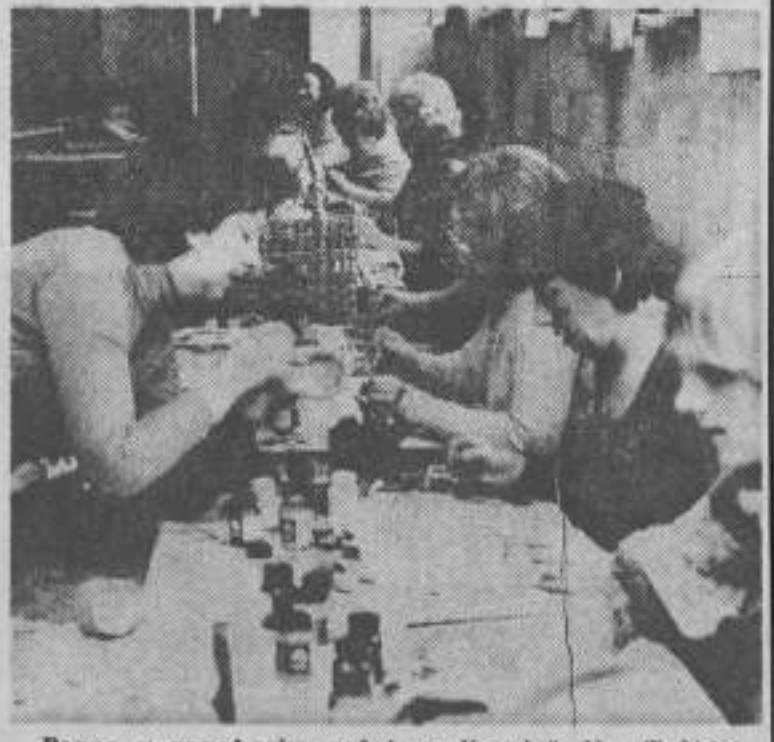
—Además del dictado de

(Cont. en la pág. 12; col. 1)

Felix Santolucito, 73 años y durante 27 presidente del insólito complejo artesanal y artístico. Lo rodea el afecto

Cómo nació un foco cultural

En acción, las alumnas de gimnasia sueca. Fortalece la musculatura, aseguran



Papas y zanahorias. ¿Arte culinario? No. Teñido

(Cont. de la pág. 11; col. 6)

esos cursos... ¿realiza la institución otras actividades "extrabibliotecarias"?

—Se ayuda y prepara para los exámenes a alumnos primarios, secundarios y de idiomas. Funciona también aquí la Ayuda Materna Nu Ñu, a cargo del doctor Jorge Díaz Walker. Se enseña, gratuitamente, a ser madre a muchas jovencitas. Con el médico colaboran desinteresadamente otras madres de la zona.

Funcionan en este complejo, además, una escuela de teatro que dirige Roberto Dairiens (se ofrecen funciones), se dictan conferencias y exhiben películas que ceden embajadas de países acreditados ante el nuestro. También tienen asiento en la Biblioteca dos entidades de bien público: el Instituto Sanmartiniano de Olivos y la Academia de Estudios Históricos de Vicente López.

Presidio esta ejemplar casa de cultura el señor Alberto Gerevini que, como el vicepresidente, Angel Dalcantón, es carpintero. La Biblioteca está predestinada —según se nos dijo— a ser dirigida por personas trabajadoras de la zona. Y la verdad es que lo hicieron bien.

Una reliquia

Coincidiendo con nuestra visita a la Biblioteca concurrió allí el señor Félix Santolucito, un hombre de 73 años, jubilado como empleado de comercio, que estuvo al frente de la institución 27 años. Se retiró hace unos meses por razones de salud.

—No me querían dejar ir... Pero llevo a cuestas muchos años y dos infartos. Era mucho para mí... Ya estuve demasiado entre estas paredes... Es el turno de los otros.

Don Félix Santolucito fue desgranando, uno a uno, los recuerdos inseparables de la Biblioteca. El fue quien evitó el remate de la sede social, quien "se las arregló" para comprar el terreno y para edificar sobre él una casa digna de la ciudad de Olivos.

Ni el tantos años presidente ni los que lo antecedieron podían defraudar a aquellos ocho hombres, casi todos de condición humilde, que el 9 de octubre de 1921 decidieron fundar una biblioteca popular.

De aquel sueño a esta realidad sólo hubo hombres de bien pensando en la comunidad. No seguir ayudándolos sería pecado de indiferencia.